

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros, sus bríos,
Sus premáticas, su voluntad.
Quijote, parte primera.

Era más de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrego envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas,
Vagan, y aullan los perros
Amedrentados al verlas:

En que tal vez la campana
De alguna arruinada iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldición y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silbaba lúgubre el viento,
Y allá, en el aire, cual negras
Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo, en fin, á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tórmes, fecundo río,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
Cruje, y un jay! se escuchó:
Un jay! moribundo, un jay!
Que penetra el corazon,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyó temblor.
Un jay! de alguno que al mundo
Pronuncia el último adiós.
El ruido

Cesó,
Un hombre
Pasó
Embozado,
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataud,
Cual si de negro crespon
Lóbrego, eterno capuz
La vistiera, siempre oscura,
Y de noche, sin más luz
Que la lámpara que alumbra
Una imagen de Jesus,
Atraviesa el embozado,
La espada en la mano aún;
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata bordarla en redor,
Y luego si el viento la agita, la sube
Disuelta á los aires en blanco vapor:
Así vaga sombra de luz y de nieblas,
Mística y aérea dudosa vision,
Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas,

Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,
La calle sombría, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta á espirar,
Que á veces alumbra la imagen sagrada,
Y á veces se esconde, la sombra á aumentar.
El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pié,
Y acaso en las sombras tal vez desaparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,
Al más temerario corazon de acero
Recelo inspirára, pusiera pavor;
Al más maldiciente feroz bandolero
El rezo á los lábios trajera el temor.
Mas no alembozado, que aún sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor;

Siempre el insulto en los ojos,
En los lábios la ironía,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,

Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brio
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías,
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;

Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar.

Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

Bella y más pura que el azul del cielo,

Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.
Elvira, amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentia,
La miel falaz que de sus lábios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierbe el veneno.
Que no descansa de su madre en brazos
Más descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisonjeros lazos,
Que teje astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusion divina.
Que el alma virgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.
Cifró en don Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.

Cuando sus lábios con sus lábios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embragada del Dios que la enamora,
Dulce le mira, estática le adora.

PARTE SEGUNDA.

.....Except the hollow sea's,
Mours o' er the beauty of the Cyclades.
BIRON, *D. Juan*, Canto IV.

Está la noche serena,
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.
Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apenas levanta,
Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.
Deslizase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata,
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.
Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez se duermen las auroras.
Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,

Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,
Y agitan ramas y flores,
Y en perfumes se embalsaman:
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas
Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.
¡Una mujer! ¡Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga!
Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.
Es su paso incierto y tardo
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga, engañosa, el alma.
Ora, vedla, mira el cielo,
Ora suspira, y se pára:
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso, y abrasa
Su mejilla es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.
Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.
Es el susurro del viento,

Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.
Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas.
Esa noche y esa luna
Las mismas son que miráran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.
¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraída tú arrancas,
¡Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebató!
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.
Deshojadas y marchitas
¡Pobres flores de tu alma!!

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente, precursora
De la cándida mañana.
Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.
Hojas del árbol caídas
Juguets del viento son:
Las ilusiones perdidas

¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón,
¡El corazón sin amor!
Tú viste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Transparente de hermosura:
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay, dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aún deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura!

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó:

Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirára allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nubló que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna,
Y al márgen va del argentado río,
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada de ¡a,
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

«¿Qué me valen tu calma y tu ternura,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?»

¡Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora!»

Lágrimas interrumpen su lamento,

Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras sollozante.

.
.
.

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Súave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.
Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impia.

Una ilusion acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusion su vida.
Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud:
Despertó alegre una alborada hermosa
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó tambien de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus piés la sepultura,
Volvió á su mente la razon perdida.

¡La razon fria, la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz, que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su victima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído:
Él es, don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento.....
Adios: ni amor ni compasion te pido.....
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah! para siempre adios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza en la ilusion querida
Que para siempre ¡miserá! perdí.....
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mia,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aun vienen á halagarme en mi agonía,
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre: mi postrero día
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!
Si aún gozo en recordar mi desvario.

»Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira,
Y olvida luégo para siempre á Elvira.

»Y jamas turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,

Dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

»Adios, por siempre adios: un breve instan-
siento de vida, y en mi pecho el fuego [te
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida..... calma luégo
¡Oh muerte! mi inquietud... ¡Sola... espiran-
Amame; no, perdona: ¡inútil ruego! [tel...
Adios, adios, ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.
Y exhaló luégo su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.
Y huyó su alma á la mansion dichosa
Do los ángeles moran..... Tristes flores
Brotó la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo.
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sara. ¿Teneis más que parar?
Franco. Paro los ojos.
Los ojos sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.

MORETO, *San Franco de Sena.*

PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.
D. DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;
Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.
Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamas
Otro ruido que el del oro,

Ó una voz para jurar.
Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.
Y el misterioso bramido
Se escucha del huracan,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido:
¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No jureis,

Que aún no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Y como cuánto perdeis!

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero
Que don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡Qué se yo?

No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,
Y al aspecto varonil:
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,

Con airoso continente
Entró luégo un caballero.

JUGADOR PRIMERO (*al que entra*).

Don Félix, á buena hora
Habeis llegado.

D. FÉLIX.

¡Perdisteis!

JUGADOR PRIMERO.

El dinero que me disteis
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Félix de Montemar
Debe perder. El amor
Le negára su favor
Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (*con desden*).

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.

(*Al Corro con altivez.*)

Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.

(*Quítase una cadena que lleva al pecho*)

JUGADOR TERCERO.

Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX (*con altivez*).

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,

Decid,

(*Al corro.*)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO. (*aparte*).

¡Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX.

Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
Os toca, segun mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.

(*Va echando cartas, que toman los jugadores
en silencio.*)

Una, dos.....

(*Al perdidoso.*)

Con vos no cuento,

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡El as! Aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.

D. FÉLIX.

Suerte teneis.

A un sólo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¡En un golpe!

JUGADOR PRIMERO (*A D. Félix.*)

Los perdéis.

D. FÉLIX.

Perdida tengo yo el alma
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FÉLIX.

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FÉLIX.

Tened calma:

Que os juego mas todavía,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os llevais este retrato
Con marco de pederria.

JUGADOR TERCERO.

¡En cien onzas!

D. FÉLIX.

¡Qué dudais!

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*).

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FÉLIX.

¡Quereis pararlas!

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Más ganaré.

D. FÉLIX.

Si ganais (*se registra todo*)
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (*mirando al retrato*).

Si esta imágen respirára...

D. FÉLIX.

A estar aquí la jugára
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FÉLIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta más. Esperad,
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por don Félix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¡Tiro!

D. FÉLIX.

Tirad con sesenta

De á caballo.

(Todos se agrupan con ansiedad alrededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.)

JUGADOR CUARTO.

¡Qué ha salido!

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos
Nos lleven!

D. FÉLIX *(con calma al PRIMERO.)*

¡Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
Don Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

Don Félix, habeis perdido

Sólo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FÉLIX.

¡Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FÉLIX.

No la quiero.

Mirad si me dais dinero
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama
Lograréis entre las bellas,
Cuando descubran, altivas,
Que vos las haceis cautivas,
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX.

Eso á vos no importa nada.
¡Queréis la dama! Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX *(con cólera.)*

Vos hablais con demasiada

Altivez é irreverencia
De una mujer..... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (*sosegado*).

Sobre mi palabra os juego
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FÉLIX.

A otra suerte de esos dados,
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afigida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,
Un hombre entró, embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero:
Vibrále al rostro el corazon enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura,
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazon.

Junto á don Félix llega... y desatento
No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pié y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.

Miró tambien don Félix al sombrío
Huésped, que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz
Se ha escapado,—el que se tapa,—
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, Don Félix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX.

(*Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.*)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna
Se trocó: tiro y van dos.

(*Vuelven á tirar.*)

D. FÉLIX.

Gané otra vez.
(*Al embozado.*) No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablásteis blando ó recio
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FÉLIX.

Podeis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envia
Para hacer mi conversion,
No desprecies la ocasion
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*).

D. Félix, ¿no conocéis
A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX.

A vos no, mas si á una hermana
Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,
Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*).

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentís vos!

D. FÉLIX.

Calma, don Diego,
Que si vos os moris luégo,
Es tanta mi desventura,
Que áun me lo habrán de achacar.
Y es en vano ese despecho:
Si se murió, á lo hecho, pecho;
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazon arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfaccion muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitára despues.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apénas

Basta mi sed á calmar.

¡Villano!

(*Tira de la espada, todos los jugadores se interponen.*)

TODOS.

Fuera de aquí

A armar quimera.

D. FÉLIX (*con calma, levantándose*).

Tened,

Don Diego, la espada, y vez

Que estoy yo muy sobre mí

Y que me contengo mucho,

No sé por qué, pues tan frío

En mi colérico brio

Vuestra injurias escucho.

D. DIEGO (*con furor reconcentrado y con la espada desnuda*).

Salid de aquí; que á fe mía,

Que estoy resuelto á mataros,

Y no alcanzará á libraros

La misma Virgen María.

Y es tan cierta mi intencion,

Tan resuelta está mi alma,

Que hasta mi cólera calma

Mi firme resolucion.

Venid conmigo.

D. FÉLIX.

Allá voy;

Pero si os mato, don Diego,

Que no me venga otro luego

A pedirme cuenta. Soy

Con vos al punto. Esperad

Cuenta el dinero... uno... dos...

(*A Don Diego*)

Son mis ganancias; por vos

Pierdo aquí una cantidad

Considerable de oro

Que iba á ganar... ¡y por qué?

Diez... quince... por no sé qué

Cuento de amor... ¡un tesoro

Perdido!... voy al momento.

Es un puro disparate

Empeñarse en que yo os mate:

Lo digo como lo siento.

D. DIEGO:

Remiso andáis y cobarde

Y hablador en demasía.

D. FÉLIX.

Don Diego, más sangre fría:

Para reñir nunca es tarde.

Y si aún fuera otro el asunto

Yo os perdonára la prisá:

Pidiérais vos una misa

Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO.

¡Mal caballero!...

D. FÉLIX.

Don Diego,

Mi delito no es gran cosa.

Era vuestra hermana hermosa:

La vi, me amó, creció el fuego,

Se murió, no es culpa mía;

Y admiro vuestro candor,

Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO.

¡Estais pronto!

D. FÉLIX.

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO.

¡Os reís!

(Con voz solemne.)

Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX *(sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia).*

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este don Diego Pastrana
Es un hombre decidido.
Desde Flándes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!

Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¡Quién sabe! acaso la suerte...

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

— 76 —

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La Proteccion de un sastre*; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST
CARO VERO INFIRMA.

(S. MARC., *Evang.*)

Vedle, don Félix es, espada en mano,
Serenó el rostro, firme el corazon:
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus piés muerto cayó.
Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta,
Ni le turba la imágen de Jesús.
La moribunda lámpara que ardia
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.
Mueve los piés el Montemar osado

En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andando,
Súbito junto á él oye un suspiro.
Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.
«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo.
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.
Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatidica figura
Envuelto en blancas ropas se adelanta,
Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blaucor va apareciendo.
Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin manchilla,
El horizonte lóbrego dilata,
Y allá en la sombra en lontananza brilla.
Los ojos Montemar fijos en ella,
Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:
Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridiculos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.
Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastará.
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgías intentára.

»Dios presume asustarme: ¡ójala fuera,
»Dijo entre sí, riendo, el diablo mismo!
»Que entónces, vive Dios, quién soy supiera,
»El cornudo monarca del abismo.»
Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una mujer velada en blanco traje,
Ante la imagen de rodillas vió.
«Bienvenida la luz», dijo el impío,
«Gracias á Dios ó al diablo»: y con osada,
Firme intencion y temerario brio,
El paso vuelve á la mujer tapada.
Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imagen, la devota dama,
Mas si él se para, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima derrama
De sus ojos inmóviles la imagen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.
—La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavado está en él.
Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbraba la imagen de Dios;
Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié.
Empero un momento creyó que veía
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traía

De tiempos mejores que pasaron ya.
Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que nubla la frente con rígido cenio,
Sin que lo comprenda jamás la razon.
Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco rojo, a.e que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras,
Deslizase leve sin ruido su pié.
Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de léjos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.
Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FÉLIX.

«¡Qué! ¡Sin respuesta me deja!
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota!... ¡Chasco sería!
En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no:
He resuelto que si yo,
Y os tengo de acompañar.
Y he de saber dónde vais,
Y sisois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamais.
Y aun cuando imposible sea,
Y fuérais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡Vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:
Y perdonadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:
Y me va en ello mi fama,
Que, juro á Dios, no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oído,
Pero que punzante rasga el corazón;
Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;
Gemido de muerte lanzó, y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus alas Sifide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.
¡Ay, el que vió acaso perdida en un día
La dicha que eterna creyó el corazón,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!
¡Y sólo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno, su dolor cruel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante más fiel;
Miró sus suspiros llevarlos al viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,

Sin nadie que acuda ni atienda á su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal.....
Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto á los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió;
Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!.....
¡Ay! quien ha contado las horas que fueron
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer;
Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!
¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Ay! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas, loco, le arrancó.....
¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!.....
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamará angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán.....
Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras cantó sin dormir
En lechos de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;
Quien haya sentido quererle del pecho
Saltar á pedazos rotó el corazón;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;
Ponzoñoso lago de punzante hielo,

Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán....
Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Única respuesta que á don Félix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX.

«Si buscáis algún ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero, ó miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algún celoso marido.
¡Acerté! ¡Necia manía!
Es para vol verme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mía,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de suave melodía
El estudiante oyó, que parecía
Eco lejano de armonioso canto:
De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer áun pura.
«Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató.»
Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusión traía,

Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fría.
Montemar, atento sólo á su aventura,
Que es bella la dama y áun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.
—Hay riesgo en seguirme.—¡Mirad qué reparo!
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.
—Siento me enamora más vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
—Vuestra última hora quizá ésta será!...
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.—
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! temblad por vos!
¡Temblad, no se truequen deleites livianos
En penas eternas!—Basta de sermón,
Que yo para oírlos la Caaresma espero;
Y hablemos de amores que es más dulce hablar:
Dejad ese tono solemne y severo.
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:
La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares ¡por qué hacerla esclava!
Para mí no hay nunca mañana ni ayer;
Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¡qué me importa á mí!
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.
—¡Cúmplase, en fin, tu voluntad, Dios mío!—
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente don Félix y camina en pos.
Cruzan tristes calles,

Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad:
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre són
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.
Y una calle y otra cruzan,
Y más allá y más allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atrás,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni agierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas

Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos,
Que en la tierra en desigual,
Perezoso franco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compás:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar.
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luégo cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desaparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afán;
Entretanto que su guía
Delante de él, sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido. v va